

buirse desigualmente, en torno a Madrid y a los focos industriales periféricos (Valencia, Cataluña y el País Vasco), dibujándose, cada vez con mayor nitidez, grandes espacios semidesérticos en el interior de la Península. Resulta muy significativo observar cómo de las veinticuatro provincias que pierden población durante el período del Primer Plan de Desarrollo, todas, salvo Oviedo, pertenecen a la Espa-

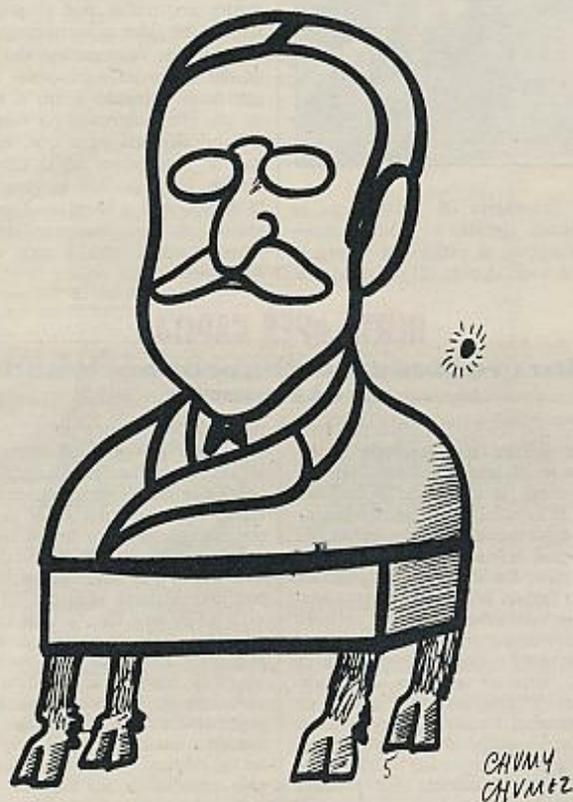
ña interior o pueden considerarse como asimiladas (casos de Granada y Lugo).

Por último, también cabe destacar, entre los datos ofrecidos en el estudio citado, y por lo que se refiere al orden en que figuran y se sitúan las distintas provincias españolas de acuerdo con su aportación al Producto Nacional Neto, cómo son también, en general, provincias periféricas las que registran mayo-

res avances; así, entre ellas, Alicante, Baleares, Málaga, Gerona y Las Palmas, en las que han confluído las tradicionales tendencias referidas y la fuerte expansión turística de los años sesenta. Entre las provincias con una dinámica económica más regresiva —que se refleja por continuos retrocesos en la posición relativa que ocupan—, en el período 1960-67 hay que citar a Córdoba (que pasa del lugar 10 al 18),

Huesca (del 37 al 41), Huelva (del 32 al 36) y, de una forma especial, a Badajoz (del 15 al 21), y a Jaén (del 16 al 28); como se sabe, estas dos últimas provincias han sido las primeramente seleccionadas, durante los años 50, para ensayar las técnicas de la planificación económica y, por supuesto, primeras de la denominada «política de desarrollo regional». ■ A. L. M.

## PEDESTAL



## INFANCIA Y VIOLENCIA

Pocas confusiones más patéticas y expresivas que las evidenciadas cada vez que se plantea el tema de los juguetes bélicos o de la violencia en las películas para la infancia. Los días que precedieron a la noche de Reyes fueron especialmente curiosos al respecto: en la televisión se sucedían las frases sobre la paz de los hombres de buena voluntad con la invasión de pequeños tanques o de pistolas a las que sólo faltaba matar para que la ilusión fuese completa.

La otra noche, dentro del programa «24 horas», uno de los comentaristas volvió sobre el tema y citó la secreta autoridad de los especialistas en psicología infantil para salvar la contradicción. Bueno, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Hay un tiempo para la paz y los cánticos fraternales —«siente un pobre a su mesa»— y otro para la guerra y las pistolas. Mejor será, entonces, que el niño lo sepa pronto en vez de embarcarlo indefenso en la realidad que vendrá después de su infancia. Pero, en ese caso, ¿qué hacemos con esa imagen azul de la niñez?, ¿no es el niño la expresión convenida de una serie de valores que se van perdiendo con los años?

No hay que ser un lince para comprender que este antagonismo entre lo que el «adulto quisiera que fuera el niño» y «lo que el niño debe aprender para afrontar la realidad», entre un niño despojado «de los males del adulto» y un niño a quien hay que enseñarle lo «que necesitará cuando sea adulto», está expresada una de las más generalizadas e inconscientes críticas a nuestra civilización. El problema trasciende por completo los dominios del psicólogo o del pedagogo —simples piezas de la máquina— para instalarse, con todo derecho,

en la historia de nuestra cultura.

Es interesante considerar que, en todo caso, no parece haber grandes problemas con los niños pequeños. Todavía es posible mantenerlos en un limbo de juguetes ingenuos, de cuentos de hadas, de palabras tiernas que el adulto pronuncia con toda sinceridad. El adulto no engaña al niño pequeño, procura moverse dentro de las exigencias de su evolución, y es capaz de inventar para él una literatura, una juguetería o un cine y un teatro en los que no exista mala fe. El adulto puede sentirse amigo de un niño. La tragedia empieza cuando ese niño comienza a preguntar, cuando del descubrimiento de sí mismo el niño pasa a las primeras meditaciones sobre el mundo que le rodea, cuando el niño mira a un pobre, pregunta por qué hay guerras, o cosas así. Las un día temidas preguntas sobre cómo nacen los niños, las abordan ya muchos padres con un inteligente y poético realismo. La misma muerte ha dejado de ser un tema difícil. O la religión. Lo malo es cuando el niño pregunta si es verdad que otros niños se mueren de hambre y por qué, o si hay niños que no pueden ir al colegio y por qué. Entonces, sistemáticamente, el adulto miente. Cuenta una bella historia en la que él es el primero en no creer en absoluto. Se siente, entonces, impotente para conducir al niño desde su ingenuidad a esa nueva realidad de los adultos.

Es una difícil etapa de «adaptación», que el adulto confía a las fuerzas invisibles, a lo que dirán al niño otros niños mayores, a lo que el niño irá deduciendo de sus observaciones. El fingimiento acaba alcanzado a las dos partes. El adulto trata al muchacho «como si éste no supiera nada», y el muchacho

Los  
Contem  
pora  
neos

**CONTRAFIGURAS** Tanto se le dijo al español que sus desgracias le venían de ser como era que decidió ser lo contrario. Como no sabe bien cómo es, le cuesta algún trabajo ser lo contrario. Se le dijo que era individualista, anárquico, y se uniformó. Se le reprochó que estuviese uniformado y se compró tantas camisas blancas que hubo que contenerle antes de que pareciera que estaba uniformado de otra manera. Se le repitió que era ingobernable, y adoptó la virtud de la mansedumbre. Se dijo que aquí todo

el mundo quería opinar, y adoptó la fórmula de la «mayoría silenciosa» antes de que la descubriese Nixon; hasta tal punto se le reprochó su silencio y ahora quiere el diálogo. Practicó así la autocrítica hasta el punto de hacerse autorracista. Decía: «Somos un pueblo imposible... Así no llegaremos a ningún sitio... ¡Cómo es la gente!» El que así hablaba, por decirlo, se excluía. Como lo decíamos todos, nos excluíamos todos, de forma que «la gente» llegó a ser una abstracción fantasmagórica. Ahora, España es diferente. Pero, sobre todo, dife-

rente de sí misma. El español ha adoptado su contrafigura. Algunos miembros del estamento le sirven, como es su misión, de ejemplo y guía. Algunos principales miembros del estamento le enseñan lo fácil que es adoptar una contrafigura y sumarse a las nuevas tesis del poder, que ayer consideraban lamentables, sin duda, porque aún no tenían la venerable forma de poder y, por lo tanto, eran mezquinas. De esta forma muestran al pueblo con qué facilidad puede pasarse de ingobernable a gobernable y, quizá, a gobernante.